

Las mujeres del 68: la memoria de la lucha estudiantil

Women of '68: Memory of the Students' Struggle

Mulheres de 68: Memória da luta dos estudantes

Raquel Corrales-Calderón

Maestría en Estudios Latinoamericanos

Universidad Nacional, Costa Rica

Orcid: <https://orcid.org/0009-0005-5377-108>

Recibido: 15/08/2024 - Aceptado: 30/11/2024



Resumen

Las mujeres del 68 tuvieron un papel fundamental en el movimiento estudiantil vivenciado en México durante 1968, el cual dejó a su paso una de las memorias más dolorosas para los movimientos sociales, la masacre del 2 de octubre de 1968 en la plaza de las Tres Culturas.

Para ello, el presente artículo busca analizar las memorias subterráneas y las implicaciones personales, políticas y sociales que vivieron las mujeres estudiantes y participantes de este movimiento estudiantil. Poner en evidencia la participación y el protagonismo de las mujeres en estos espacios refleja la lucha y conquista por sus derechos en cuanto al acceso a la educación, participación, involucramiento y posicionamiento, pero además, marca una ruptura y un cambio en materia de autonomía y el derecho a decidir sobre sus vidas y sus cuerpos.

Palabras clave: movimientos sociales; organización estudiantil; mujeres; México; memoria e identidad.

Abstract

The women of 1968 played a fundamental role in the student movement experienced in Mexico during 1968, which left in its wake one of the most painful memories



for social movements, the massacre of October 2, 1968 in the Plaza de las Tres Culturas. To this end, this article seeks to analyze the subway memories and the personal, political and social implications experienced by the women students and participants of this student movement. Through the review of the interview of Ana Ignacia Rodríguez Márquez, which was documented in the framework of the M68

Memorial at the Centro Cultural Universitario Tlatelolco, we seek an approach that reconstructs the collective memory around the role of women in social movements. Highlighting the participation and protagonism of women in these spaces reflects the struggle and conquest for their rights in terms of access to education, participation, involvement and positioning, but also marks a rupture and a change in terms of autonomy and the right to decide about their lives and their bodies.

Key words: social movements; student organization; women; Mexico; memory and identity.

Introducción

El presente documento analiza el movimiento social de México de 1968, el cual inició como una fuerza estudiantil que reclamaba la libertad y autonomía, demandas propias de las personas jóvenes y características de la época, pero que con el pasar de los días esta efervescencia tendría un desenlace desgarrador y posiblemente uno de los más oscuros de la historia del país.

El M68 ha sido un referente de los movimientos sociales de América Latina, siendo sinónimo de resistencia, lucha y organización. El rol de las mujeres dentro de las brigadas fue clave y aunque se

sabe poco de ellas, su papel resultó medular en el periodo de organización y protesta, pero también en los tiempos de encarcelamiento y represión que vivieron posterior a la noche del 2 de octubre de 1968.

Para poder reconstruir y reflexionar sobre las memorias de las Mujeres del 68, se hizo un análisis a la entrevista realizada el 13 de junio del 2006 a Ana Ignacia Rodríguez Márquez (conocida como *Nacha*) en el marco de la construcción del Memorial del 68 del Centro Cultural Universitario Tlatelolco, UNAM.

El objetivo principal de la presente publicación es analizar las



memorias subterráneas vivenciadas por las mujeres del México del 68, tanto de su participación dentro de la organización del movimiento, como en la experiencia de privación de libertad posterior a la represión política, policial y militar de la noche del 2 de octubre de 1968.

Además, busca evidenciar las implicaciones que vivieron las mujeres dentro del movimiento de México del 68, por medio de la entrevista a Ignacia Rodríguez Márquez y, por último, reflexionar sobre la importancia del testimonio como forma de preservar la memoria colectiva, específicamente la relevancia del Memorial de 1968 para los movimientos sociales de México.

Ana Ignacia Rodríguez Márquez, alias Nacha, fue una de las tantas mujeres que se involucraron de manera activa dentro del M68 y que encarnaron la represión, tortura, encarcelamiento y una serie de violaciones a los derechos humanos.¹ Ella ha sido una de las sobrevivientes y portadoras de la memoria; en

diferentes ocasiones, entrevistas y espacios de socialización ha denunciado y evidenciado las experiencias violentas que vivió en esa época, así como, las huellas imborrables que dejó este acontecimiento en su vida, cuerpo y voz. Con su testimonio, Ignacia “Nacha” invita a repensar el peso y la importancia de la memoria para la identidad personal y colectiva.

A partir del relato de Nacha se logra analizar las memorias subterráneas que vivieron algunas de las mujeres del movimiento estudiantil de México del 68, pero también su narración alrededor de sus experiencias, emociones y heridas, las cuales son un espejo en el que se proyecta una memoria colectiva. Se aclara que este documento discurre alrededor del testimonio de Nacha, fungiendo como un alto parlante que relata uno de los tantos episodios de violencia vividos en México; la voz de Ignacia constata las vivencias de una memoria latente y por medio de sus subjetividades e interpretaciones, da vida y reverdece la historia, esa que ha peleado para que no se quede encerrada en las paredes de un museo o en las páginas de los libros.

¹ Dentro del Memorial del 68 del Centro Cultural Universitario Tlatelolco, se encuentra una serie de testimonios alrededor de lo vivido dentro del movimiento, los procesos de represión, violencia y exclusión que dejó a su paso el M68 en la vida de las personas jóvenes de la época: <https://m68.mx/coleccion>
Además, en este repositorio se pueden encontrar otros testimonios de mujeres que formaron parte del movimiento estudiantil y viven para contar lo sucedido.



México 1968

Los años sesenta a nivel mundial trajeron consigo aires de revolución y esperanza; para América Latina sería un parteaguas para la revolución social, política y económica. Específicamente en México en el año 1968, el movimiento estudiantil tomaba fuerza y bajo las consignas de lucha por el derecho de la vida, seguridad y libertad de expresión, irrumpieron con fuerza el ordenamiento y la represión política y militar del momento.

Este movimiento estudiantil involucró a personas de preparatoria y universitarias, quienes bajo la consigna de libertad iniciaron con un movimiento que marcaría la historia. En julio de 1968 se dieron los primeros destellos de resistencia y organización. Por tanto, de julio a octubre de ese año, el movimiento estudiantil gestó diversas formas de manifestación y resistencia de pequeña a gran escala, pero todas fueron respondidas con violencia, represión, detención y privación de libertad por parte del Gobierno y el ejército.

De este momento histórico sobresale la capacidad de organización y convocatoria, lo cual se vio reflejada en grandes marchas como la Marcha

del Silencio, la cual se realizó el 13 de setiembre de 1968; esta salió del Museo Nacional de Antropología y finalizó en el Zócalo de la Ciudad de México, con una participación aproximada de doscientas cincuenta mil personas.

Con el transcurrir de estas manifestaciones y el fortalecimiento del movimiento, se sumaron personas intelectuales, académicas, obreras y de diferentes sectores de la sociedad, sin embargo, esta seguía siendo liderada por el movimiento estudiantil y el Consejo Nacional de Huelga (CNH).

Durante tres meses, la organización del movimiento fue tomando mayor fuerza y de igual forma ocurrió con la represión. El desenlace fatal llegó el 2 de octubre de 1968, cuando se convocó a un encuentro en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco y con el transcurrir de las horas el Estado ordenó una represión y matanza; la cual se prolongó hasta horas de la noche y dejó a su paso miles de personas heridas y cientos asesinadas. Este cierre abrupto y autoritario logró disolver el movimiento estudiantil a la fuerza y con un uso exacerbado de la violencia, el orden y la paz habían regresado a la Ciudad de México. Como dato curioso, diez días más tarde, el 12



de octubre de ese año, se inauguró los Juegos Olímpicos México 1968 y sobre la ciudad volaron cientos de palomas blancas, las cuales fueron el telón de fondo que ocultó la sangre, la violencia y la represión del movimiento de 1968.

Emprendedora de la memoria: Ana Ignacia Rodríguez Márquez, Nacha

Porque donde hay un texto, faltan muchos otros; donde se levanta un edificio ha desaparecido el resto; cuando relatamos una vida, desdeñamos las otras. Incluso, si sólo nos centramos en la memoria individual, tenemos pequeños retazos de los fuimos y de lo que vivimos... (Parrini, 2001, pp. 323-324)

La historia de Nacha emerge en un contexto de clase media en Taxco Guerrero, con la convicción desde muy joven de no seguir el patrón de ser madre ni joyera; con esa fuerza y rebeldía como ella lo menciona, ingresó a la Facultad de Derecho de la UNAM en la Ciudad de México. No obstante, como Ignacia afirma en la entrevista, ella no tenía una formación política, sino que desde su historia entendió que existían cosas importantes por las cuales luchar:

“Ya traía la cosita de la rebeldía y querer ayudar a los más jodidos”² (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 5m50s).

Sus primeros pasos en los movimientos estudiantiles se dieron en 1966, específicamente con los aportes en el área de las finanzas; ya para 1968 Nacha estaba finalizando la carrera: “Yo para ese momento estaba bailando para la universidad, yo no quería involucrarme, solo quería bailar y terminar mi tesis” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco 2006, 9m43s). Sin embargo, para toda la generación, el contexto histórico y la Revolución cubana marcaron los ideales y despertaron el interés de las personas jóvenes de esa época.

Ignacia afirma que “(...) no habían [sic] libertades, lo viví en pensión de señoritas en la que vivía, esto me llevó a un cambio en mi forma de pensar y de ser. A luz de la represión, existió el interés por solidarizarse

2 Para el presente documento se recuperan citas de textuales extraídas del testimonio de Ana Ignacia Rodríguez Márquez, el cual se documentó para la *Serie de testimonios Memorial del 68* del Fondo M68, Centro Cultural Universitario Tlatelolco, UNAM: <https://m68.mx/coleccion/5902>

Ante ello, todas estas citas textuales contarán con la referencia según APA, donde la *h, m y s* hacen referencia al tiempo en el cual Ana Ignacia habla y comenta dentro del testimonio audiovisual.



con la lucha” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 11m15s).

Sin duda, la antesala de México 68 estaba cargada de un contexto de represión, purismo (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 6m49s) y no libertades; por tanto, como lo afirma Borzacchiello (2018): “Con sus compañeros, estas jóvenes mujeres comparten la rebelión ante los modelos sociales y políticos de los padres, la crítica al autoritarismo, a una supuesta neutralidad en la producción de conocimiento, a las formas tradicionales de la política, incluyendo las organizaciones históricas de izquierda (p. 117).

Ahora bien, el maremoto que despertó el movimiento estudiantil de 1968 en México trajo consigo una transformación de vida personal y colectiva; tal y como lo afirma Rodríguez: “A mí me cambió la vida, jamás volví a ser la misma” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1h4m10s). Estas transformaciones, que se constatan en la vida de Ignacia, son el reflejo de cambios dados a nivel generacional, donde la indiferencia o la neutralidad quedaron atrás frente a una oleada de situaciones que ameritaban la organización, participación e

involucramiento activo en el movimiento del M68.

Nacha en la entrevista afirma que al inicio ella no se quería involucrar en el movimiento, más bien su participación era temporal porque ella estaba interesada en concluir su formación profesional en Derecho; no obstante, los abusos y la violencia fueron tantos y de manera tan exacerbada que mantenerse indiferente era imposible: “Así fue mi inicio en la participación en los movimientos sociales, pero sobreviene el movimiento estudiantil y es inevitable no involucrarse en el contexto” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 6m49s).

Sin duda, aquel acercamiento tímido y cauteloso que tuvo Nacha como sujeta en 1968 sería la *antesala* de todas las situaciones que devinieron en la organización estudiantil, política y cultural ocurrida en México; pero además, todos estos hechos se convertirán en la incursión de Ignacia como *emprendedora de la memoria*, al dejar de ser sujeta aislada y convirtiéndose así en protagonista, sobreviviente y denunciante de la atrocidad que cometió el Estado en “búsqueda de imponer la paz” (Da Silva, 2018, p. 39).



Rol de las mujeres dentro del movimiento M68

“Las mujeres que luchan son culpables dos veces: porque protestan y porque rompen el orden patriarcal que sólo las quiere madres, esposas y hermanas” (Borzacchiello, 2018, p. 117)

La memoria oficial ha privilegiado la participación y visibilización de los hombres dentro de M68, sin embargo, del rol que tuvieron las mujeres se habla bastante poco; esto sin importar que ellas también enfrentaron la violencia física, el encarcelamiento injustificado y las represalias, estigmatización y exclusión que trajo consigo el después de este movimiento social.

De acuerdo con Torres (2018),

En un contexto conservador, en el que las mujeres no podían participar en diferentes ámbitos sociales, económicos y políticos, la participación femenina en el movimiento de 1968 fue paritaria frente a los hombres que también integraron el movimiento estudiantil. Sin embargo, sólo 30 mujeres participaron en el nivel de toma de decisiones en el Consejo Nacional de Huelga (CNH), “número que, para la época, era bastante”, afirmó Carola García Calderón, profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (párr. 2).

Tal y como se apunta en la cita anterior, el escenario sobre el cual se gestó el movimiento de México 68, estuvo marcado por la revolución sexual, cultural y política de los años sesenta, lo cual decantó en un ambiente conservador que se resistía a las transformaciones sociales de la época.

Los derechos y libertades de las mujeres formaban parte de las agendas de discusión y posturas represivas, sin embargo, como en todo movimiento social, la efervescencia, los aires revolucionarios y los ideales de lucha fueron claves para reivindicar el rol de las mujeres dentro de los espacios políticos, de toma de decisiones y organización social.

Medina (2018), en relación con la participación de las mujeres del 68, confirma que:

A su vez, la participación femenina llama la atención dentro de la ruptura generacional producida en los años sesenta y en especial en 1968. Las mujeres ya comenzaban a participar en movimientos sociales desde décadas anteriores. Sin embargo, la liberación sexual de las mujeres y su participación política, cuestiona de manera radical los roles de género, que la sociedad -moralmente conservadora- de la época, considera invaluable para preservar



su *continuum*. Por ello, para aquel año, en México se manifiestan expresiones de la juventud femenina a favor de la justicia, la libertad y la democracia ante el contexto de represión (párr. 7).

Aunque la memoria oficial de este movimiento ha privilegiado los relatos de los hombres líderes que estuvieron al frente de la represión, matanza y encarcelamiento, las mujeres del 68 tienen una historia que contar y en ella habitan las voces y vivencias que conforman la memoria colectiva de un movimiento que marcó un antes y un después para el país y la región. Además, las vivencias de estas mujeres son un reflejo de un despertar y organización que resistía al control, exclusión y marginación patriarcal; por ende, retomar el papel de las mujeres dentro del M68 constata el devenir histórico de la lucha por sus derechos.

Troncoso y Piper (2015) indican que “(...) la construcción de memorias colectivas, patriarcales y acrílicas posee una fuerte carga moral y dificulta-y a veces impide-la resignificación de las identidades de género” (p. 70). Sin duda, esta cita ejemplifica las formas en cómo fue construida la memoria colectiva oficial, patriarcal y hegemónica sobre el movimiento estudiantil de México

1968, la cual responde directamente a mandatos y ordenamientos históricos, políticos y culturales.

Desde el inicio de la entrevista, Nacha hace hincapié en el contexto conservador en donde ella creció, deja en claro la lucha que debió dar para poder estudiar en la universidad, en una pública; además, subraya que sus resistencias iniciaron con el simple hecho de querer estudiar una carrera como Derecho, la cual ha sido históricamente pensada para los hombres.

A esto también se suma los aires revolucionarios y organizativos de la época que transversalizaban y empujaban cada vez más a las mujeres a ocupar un lugar en los espacios de decisión y de visibilización política.

Es importante mencionar que las primeras incursiones de las mujeres dentro del movimiento de M68 fue mediante las brigadas. Sin embargo, con la consolidación del Consejo Nacional de Huelga (CNH) y el fortalecimiento del movimiento, las mujeres fueron ocupando otros espacios y transformando su participación, pues pasaron de acciones relacionadas solo con el cuidado a la toma de decisiones y el liderazgo organizativo.

Las brigadas del movimiento estudiantil del 68 a diferencia de otras,



tuvieron un papel activo, visible y político, donde se trascendió el rol tradicional de las mujeres de preparar alimentos y encargarse del cuidado. En este contexto, según narra Ignacia,

“En el 68 ya nos organizamos como brigadas, ya íbamos a mítines públicos, íbamos a los mercados, boteábamos y el pueblo nos ayudaba. De hecho, vivimos mucho tiempo de eso; ese era mi trabajo en la facultad, distribuir y apoyar a que todo estuviera bien, pero también yo salía a las brigadas con otras compañeras” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 15m21s).

Ignacia, a lo largo de toda la entrevista, hace hincapié en la necesidad de convertir su historia y la de sus compañeras en memorias vivas que permitan accionar y continuar luchando por las libertades, por la capacidad de protestar sin ser reprimidas y de seguir trabajando por un México diferente. Por tanto, el testimonio de Nacha tiene una clara intencionalidad y un profundo interés por lo colectivo, por las nuevas generaciones, pero sobre todo un compromiso con lo que ocurrió, con quienes lucharon y reivindicaron los derechos, aunque esto significara

represión, encarcelamiento, tortura y muerte:

La memoria histórica se construye, se abre paso y con ella, la memoria de lucha que obliga, todo el tiempo, a voltear hacia atrás, a recuperar los pendientes, a rescatar los referentes vigentes, a acudir a las experiencias pasadas. No podría ser de otro modo cuando es evidente que nada de esto son “hechos del pasado” que hay que “superar”; al revés, los agravios e injusticias pasadas se suman a las nuevas, a las que se van generando en este presente complejo (Hijar, 2018, p. 136).

Este volver hacia atrás permite analizar que aún queda mucho por contar con respecto al movimiento del 68 y la participación de las mujeres, lo cual no corresponde a un elemento por superar o a un hecho del pasado, sino que tiene una relación directa con las identidades, voces y rol de las mujeres en los movimientos sociales.

El trabajo, la resonancia y la insistencia de las personas sobrevivientes y luchadoras, como Nacha y Tita, han permitido resignificar y abrir un diálogo hacia otras narraciones que siguen latentes e invitan a accionar en el presente.



Lo impensable: la vivencia tras las rejas

El cuerpo que recuerda por acumulación, que sedimenta los sabores y los sufrimientos. El cuerpo que acumula todas esas experiencias para recordar su desgaste paulatino. Es curioso que la suma sea resta. Suma corporal de sufrimientos, resta corporal de vitalidad, de energías, de salud. La memoria permite esta aritmética del cuerpo (Parrini, 2011, p. 337).

Evidentemente, el contexto del 68 trajo consigo aires de transformación y cambio para los derechos de las mujeres, lo cual marcó un precedente en la participación e involucramiento político de manera visible y palpable; empero las repercusiones e implicaciones no fueron homogéneas para todas las mujeres que participaron activamente de este movimiento. El caso de Nacha y Tita merece un punto y aparte, requiere de un análisis que retome otras categorías, ya que ambas vivieron, en sus propios cuerpos, la violencia, el encarcelamiento, la tortura y la exclusión: “Teníamos mucha euforia y estábamos muy confiadas que a las mujeres no nos detenían” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 36m04s).

Como se plasma en la cita extraída de la entrevista, colectivamente existía una creencia de que por el hecho de ser mujeres no se iba a presentar represión, violencia y privación de libertad; no obstante, lo vivido en el movimiento del 68, en particular en la historia de Nacha y Tita, marcó un indicio en la memoria colectiva de este acontecimiento y determinó una pauta para los siguientes levantamientos y luchas sociales en el país.

Ignacia afirma:

Las mujeres estuvieron en una situación de desventaja con respecto a los compañeros. El gobierno se ensañó con nosotras, primero por la lejanía y segundo porque habían [sic] cosas dentro del penal que nuestros compañeros no vivieron. Una de las principales, era que en ese momento no había visita conyugal (...) doble, a parte el acoso interno de las presas comunes (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 21m12s).

Sin embargo, estas vivencias no fueron expuestas hasta mucho tiempo después. Nacha vivió en carne propia la violencia exacerbada de un Gobierno que silenció un movimiento estudiantil con represión, desaparición y muerte, pero también cargó con el patriarcado y diversas manifestaciones por el hecho de ser presas políticas:



Me secuestraron a mí y a la Tita en 1969 y con eso cambió nuevamente la vida; me ficharon, mi caso lo inflaron, habían [sic] una de acusaciones que no eran mías, sembraron un montón de pruebas en nuestras casas y juntaron todo lo rojo. Yo me dije, yo no puedo firmar esto, yo no sé disparar un arma. Ahí empezó la tortura psicológica (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 5817s).

Nacha expone que:

La segunda vez en Lecumberri, inició nuevamente todo el proceso de violaciones constitucionales, nos tuvieron más de las 72 horas, estuvimos cinco días, las celadoras nos torturaron y nos decían que cuando llegáramos a la cárcel nos iban a hacer las peores bajezas, de todo y la verdad fue una tortura psicológica fuerte (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1h2m).

La violencia que vivió Nacha en sus periodos de encarcelamiento fue un mensaje claro, directo y contundente, estaba íntimamente relacionada con la imposición del orden y la “paz” social, el control del cuerpo de las mujeres y la represión de cualquier destello que saliera del rango patriarcal y esto trajo consigo todo tipo de violencia y exclusión:

Primero nos meten inocentes a la prisión, nunca nos comprobaron nada porque además nunca lo hicimos. Hemos sido inocentes durante treinta y pico años de vida, pero ahí siguen ellos impunes; y estando jóvenes metidas en un lugar donde no debimos estar pues fuimos víctimas de muchas cosas (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 22m20s).

Sin embargo, tal y como afirmó Borzacchiello (2018), las mujeres son doblemente condenadas, señaladas y violentadas, primero por ser mujeres y segundo por irrumpir la “paz”, el ordenamiento y estructuración de los sistemas de dominación. Las vivencias de Nacha, Tita y de otras mujeres no pueden entenderse de manera aislada, será necesaria una lectura en clave feminista para comprender la doble y triple violación, estigmatización y exclusión.

Al respecto, Ignacia menciona:

Al principio hasta nuestras familias nos dejaron de visitar, la represión fue muy fuerte, entonces, nos dejó de visitar mucha gente. Había un miedo de ir a la prisión, pero a mí me tocó estar con lo más “graneado” de la delincuencia femenil, por ejemplo yo estuve con la Viuda Negra, la auto viuda de Carlos De Negri, con la Tamalera



“la que hizo tamales de su marido (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 25m44s).

No es fortuito que las vivencias de Nacha estén atravesadas por la injusticia y la incomprensión, porque sin duda, las vivencias de tortura, violación de derechos y libertades están intrínsecamente relacionadas con el proyecto conservador y represor.

Nacha es apasionada cuando afirma que el Movimiento de México del 68:

Me cambió la vida porque durante muchos años la gente pensó que había muerto, porque no pude integrar a la lucha, porque tenía que trabajar mucho para mantener a mis hijas. Me cambió la vida, claro que me la cambió, porque mi proyecto era ser abogada pero yo misma he tenido 38 años de defensa para mí y no se ha hecho justicia. Me cambió la vida porque ahora lloro, antes no lo hacía (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1 h7m40s).

En este contexto, para Casaús (2019) “Las memorias colectivas proporcionan un telón de fondo o un contexto para la identidad de la gente y la historia nos define al igual que nosotros definimos la historia” (p. 103). La memoria colectiva del 68 y el esfuerzo por visibilizar la participación y el rol activo de las

mujeres dentro de este movimiento conforman el telón de fondo que ha construido la identidad de México, de las personas jóvenes que se articulan con los movimientos sociales y de las mujeres que continúan luchando por sus derechos y las libertades culturales y políticas.

Es la historia de una generación, de un país y de un movimiento que merece ser revivida y no olvidada, que amerita continuar accionando, resistiendo y luchando frente a las nuevas formas de implantación de un orden, supuesta paz y conciliación social. Tal y como lo afirma Nacha, en la última parte de la entrevista:

Lo importante es que se haga justicia, porque tengo hijas, porque tengo nietos y quiero que vivan en un ambiente de libertad y que no sean reprimidos por marchar, por pedir derechos democráticos, por tener un México diferente. Y bueno, seguiremos en la lucha hasta Dios nos de la vida y sino porque nos tenemos que ir como la Tita, están los que quedan y están nuestros hijos (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1h10m11s).

El encarcelamiento injustificado, la vivencia de torturas, el aislamiento y la exclusión que vivió Ignacia permite acercarse de forma breve a un escenario profundamente violento



que se vivió durante 1968 y 1969 en México; en concreto, la vida de Nacha se vuelve espejo que refleja el cambio de una generación y, a su vez, recuerda el control histórico del Estado patriarcal sobre el cuerpo y la vida de las mujeres.

Anteriormente se mencionó que el testimonio de Ignacia está atravesado por subjetividades, silencios y omisiones, lo cual evoca a una memoria colectiva que se ha construido sobre el movimiento M68 y, con un posicionamiento vehemente, ha logrado visibilizar el papel de las mujeres en la organización política y social, pero que también rememora las rupturas y cambios para los derechos de las mujeres en un contexto profundamente conservador y represivo.

Así, las vivencias, violencias y silencios que atestiguan Nacha ejemplifican que lo individual constituye lo colectivo, que la vida de las mujeres dentro de los movimientos sociales y específicamente el movimiento de México 68, forma parte de la memoria colectiva, las identidades y las luchas feministas que continúan latentes y exigen justicia y libertad.

Conclusiones: los testimonios para preservar la memoria

“No somos un museo, no somos pobrecitos; quisiera que fuera un memorial vivo... Que la participación de la mujer sea resaltada, porque nunca lo ha sido...” (Ignacia “Nacha” Rodríguez Márquez, 2006).

Con el pasar de los años, se ha constatado que las vivencias y experiencias personales de mujeres como Nacha o Tita incidieron profundamente en los movimientos sociales y las identidades de las mujeres: “En el 1968 no había sólo una ausencia del cuerpo femenino en el liderazgo, sino que su manera de entender los liderazgos y la política era exclusivamente masculina. Desde el 68 el feminismo ha aprendido hacer política desde otro lugar.” (Borzacchiello, 2018, p. 119). Por ende, existe la necesidad de rescatar las palabras de una memoria fragmentada, híbrida y polifónica (Pérez, 2023), reivindicar la lucha y los esfuerzos que a lo largo de los años Ignacia Rodríguez Márquez ha abanderado como mujer del movimiento de M68 y como defensora de los Derechos Humanos.

La esencia aguerrida y luchadora que caracteriza a los movimientos sociales mexicanos tiene una relación profunda con estos acontecimientos,



con hitos históricos como el M68; estas memorias persisten y continúan latiendo en resistencia; en relación con esto, Nacha afirma que “México cambió, gracias a las luchas que todos hemos dado, no más yo. La verdad ha sido una lucha titánica, han pasado 38 años. Estamos en la lucha constante” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1 h8 m15s).

La construcción colectiva de las identidades de los movimientos sociales mexicanos tiene un vínculo directo con la historia, con esa memoria viva que continúa narrándose, cuestionando la oficialidad y que requiere mantenerse fresca para no olvidar lo que un día se vivió y la plataforma sobre la cual se ha construido lo que se es.

Volver la mirada a las memorias subterráneas (Pollack, 2006) es un ejercicio que exige contar la historia desde otras perspectivas, reivindicar las luchas y construir una memoria colectiva con las mujeres. Al finalizar la entrevista, Nacha menciona:

Es necesario que la participación de la mujer sea resaltada, porque nunca lo ha sido y porque creo que es definitivo que si las mujeres han alcanzado ahora lo que han alcanzado, es gracias a las mujeres del 68. Seguimos siendo violentadas, tenemos muchas

compañeras presas por luchar, entonces, yo si quisiera que esto si fuera bien resaltado, que la lucha que nuestras compañeras dieron, las que lucharon, las anónimas, las que han caído y no se saben sus nombres, porque solo unas cuantas se sabe, que sea algo que resalte con esa dignidad que las mujeres luchadoras han tenido siempre, sino no creo que este memorial este completo (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1 h12m10s).

Esta invitación de Nacha es clara y directa, se convierte en la afirmación para recordar la participación, rol e implicaciones que las mujeres del 68 vivieron como antesala y como acontecimiento para seguir reivindicando, para no olvidar sus vidas y preservar con dignidad la lucha aguerrida de las mujeres en la historia de América Latina.

La narración de Ignacia permite que en el 2024 aún persista la necesidad de profundizar, evidenciar y constatar las vivencias de las mujeres dentro de memoria colectiva. Cierro con la frase con la que finaliza la entrevista a Ignacia Rodríguez Márquez entre lágrimas y emociones: “Esto no es debilidad, es simplemente que yo pienso que el ser revolucionario no significa ser insensible, como lo decía el Che Guevara y mientras tenga esta



sensibilidad, nunca dejaré de luchar; ya estuvo” (Centro Cultural Universitario Tlatelolco, 2006, 1h10 m35s).

Referencias bibliográficas

- Borzacchiello, E. (2018). Constelaciones feministas. Mujeres del 1968, jóvenes de hoy. En: *M68: Memorial 1968, movimientos sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Casaús Arzú, M. (2019). *Racismo, genocidio y memoria*. Guatemala: F&G Editores.
- Centro Cultural Universitario Tlatelolco, UNAM. (13 de julio de 2006). *Ana Ignacia Rodríguez Márquez de la Serie de testimonios Memorial del 68* [Archivo de Video]. <https://m68.mx/coleccion/5902>
- Da Silva, L. (2018). Mirar, desaparecer, morir. Reflexiones en torno al uso de la fotografía y los cuerpos como espacios de inscripción de la violencia. *Clepsidra*, 6 (11), 28-47. <https://ojs.ides.org.ar/index.php/Clepsidra/article/view/460>
- Hijar, C. (2018). Memoria histórica en lucha. En: *M68: Memorial 1968, movimientos sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Medina, B. (2018). La participación de las mujeres en el 68. Entre la invisibilización y la reivindicación. *Memoria: Revista de crítica militante*. <https://revistamemoria.mx/?p=2125>
- Parrini, R. (2011). Memorias del cuerpo. Cuerpo, memoria y olvido. En Maiceira Ochoa, L. y Rayas Velasco, L., editoras, *Subversiones. Memoria social y género. Ataduras y reflexiones* (pp. 323-343). México: ENAH, Imprenta Juan de Pablos.
- Pérez, Y. (2023). Las voces de la transmemoria en la diáspora centroamericana en Los Ángeles, *Hispanic Issues On Line*, 30: 145-164. <https://hdl.handle.net/11299/253510>.
- Pollack, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio*. Argentina: Ediciones Al Margen.
- Poniatowska, E. (2015). *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*. Editorial Marea SRL.
- Torres, S. (2018). El movimiento estudiantil del 68 fue un espacio de liberación femenina. *Resonancias*. <https://www.iis.unam.mx/blog/el-movimiento-estudiantil-del-68-fue-un-espacio-de-liberacion-femenina/>
- Troncoso, L. y Pípper, I. (2015). *Género y memoria: articulaciones críticas y feministas*. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1231>



